

—¡Si tiene el derecho de estarlo!—replicó él con filosofía.

—Caballero, muy á menudo se toman derechos que no se tienen... Yo no se los he dado nunca á nadie.

Y añadió con finura:

—¿Puedo impedir que los demás piensen y hagan lo que quieran?

El caballero suspiró, pero no contestó.

La victoria había dado la vuelta por la calle Cartiglione, había subido por la de Saint-Honoré y se paró á la puerta del Circo.

—¿Nos quedamos aquí?—preguntó la jóven mostrando inquietud en los ojos.

—No temais nada. Cuando uno se esconde es cuando suele ser cogido. Por lo demás, estais bajo mi protección.

Hizo un movimiento de indignación con los hombros y se levantó á su vez.

El caballero, de pie en la acera, le tendió la mano.

La claridad de la luz eléctrica la daba de lleno en el rostro, tranquilo y satisfecho.

Era el amigo del doctor Bordat, el asiduo concurrente al Grand-Hotel, el primo de la señora de Breville, el barón Pablo d'Aubagny.

V.

Estaba radiante y de magnífico humor. Se adivinaba en él al hombre rico, de rentas sólidas,

tan sólidas como las piedras de granito que sirven de pedestal á las estatuas.

Además en su color fresco, en su redondeado vientre, en su gordura de glotón abundantemente mantenido, se comprendía que acababa de levantarse de una mesa excelente, después de haber dejado á la digestión el tiempo de operarse en una medida higiénica.

La hermosa joven que le acompañaba no era más que el postre de una succulenta comida.

Muy distinta era la impresión que producía ella.

Había en su altivez, en sus rasgos, en toda su persona, cierto embarazo, una incertidumbre propia de un viajero perdido en lo desconocido.

Le faltaba en el esplendor de su juventud, en la hermosura de su belleza llegada á su mayor apogeo, el aplomo que da la costumbre, el trato de gentes de cierta sociedad.

Tenía cierta timidez asustadiza. Se leía en sus ojos el remordimiento por la escapatoria comenzada, el temor de una aventura en sus principios.

—Venid—dijo el barón, á quien los empleados de la taquilla acogian con muestras de deferencia.

—¿Teneis un palco?—preguntó.

—Para vos siempre hay uno.

—¿Habrá un lleno?

—Completo. Tomad el palco de la casa.

—Bueno.

Elena empezó á subir la escalera, observada discretamente por los empleados, cuyos ojos expresaban tan claramente como la palabra esta opinión :

—¡Qué magnífica mujer!

D'Aubagny la alcanzó en la escalera, la acompañó por los pasillos, dirigiéndola con solicitud como á una novicia de cuya educación estuviese encargado, y cuando abrieron el palco, hizo sentar á Elena delante de él con toda clase de advertencias, y se colocó detrás, un poco de costado, para no perder nada del atractivo espectáculo que se había prometido.

No queremos hablar del de la sala.

Estaba llena en efecto.

Todos los parisienses conocen, aunque no sea más que por haber estado una noche, la hermosa sala de la calle Saint-Honoré, y su pórtico, cuyo resplandor ilumina todo el barrio.

D'Aubagny examinó, con ayuda de unos inmejorables gemelos, la corona de palcos que le rodeaba, y se enorgulleció de la curiosidad excitada por su compañera, á quien debieron tomar por conquista suya.

Un *jongleur* de una habilidad prodigiosa perdió una gran parte de su éxito.

Elena Brunoy le disputó la atención del público y se apoderó de ella dos minutos.

Desde los palcos se dirigió hacia ella una verdadera artillería.

Se dijeron palabras al oído.

Los ojos de algunas chispearon.

En una palabra, mereció aquella salva de aplausos mudos que no acogen más que á las bellezas superiores.

Pablo d'Aubagny era muy conocido.

—Tendrá suerte ese barón—dijo el marqués de Bretigny á Bernheim, el célebre experto en obras de arte.—¿De dónde diantres las saca?

—¿No la habéis visto nunca?

—No.

—Vale lo que pesa en oro—dijo con el mismo tono conque hubiese tasado el precio de un Teniers ó de un Gerard Dow.

—¡Dichoso mortal!

D'Aubagny no era dichoso aún, pero esperaba serlo.

Había dado el paso más difícil.

Seis meses hacía que había encontrado á Elena Brunoy en casa de la señora Delivet, donde había ido á satisfacer una cuenta que le habían encargado pagar; se había encaprichado, no apasionado; era incapaz, por aquella muchacha que lo reunía todo, distinción, fuerza, frescura y elegancia, de apasionarse.

Y cuando el barón tenía un deseo, no andaba con rodeos para darlo á conocer.

Su experiencia le había enseñado que la mayoría de las veces basta con hablar á las mujeres de cierto modo para ser comprendido.

Pocos negreros, por listos que fuesen, han sabido practicar la trata de negros como esos parisienses, cansados y corrompidos, hacen la trata de las blancas. Hermoso hombre, en una

palabra, esmeradamente cuidado de pies á cabeza, imponente por su estatura, de agradable rostro, muy inteligente, osado y rico, sobre todo para un soltero que sabe entrar bien, estaba acostumbrado á ir de éxito en éxito, tanto más, cuanto que la mayor parte de las plazas delante de las cuales ponía sitio, no querían más que entregarse.

Con ésta, la cosa había sido más dura de pelar.

Desde sus primeras escaramuzas había experimentado verdaderas derrotas y había visto llegar el momento en que tendría que batirse en retirada.

Pero la resistencia de la joven produjo en él el efecto ordinario.

Se envició en el juego, comprendió que había en el caso particular de la empleada de la señora Delivet, algún detalle desconocido; un obstáculo ignorado, un amante sin duda anterior á él, poco generoso, puesto que su querida trabajaba, y juróse que le vencería.

Le era fácil volver á la carga.

Sus días de ocioso le dejaban todas las horas libres.

Desde entonces el almacén de la señora Delivet le contó entre sus asiduos y desprendidos clientes.

Todos los pretextos le parecieron buenos para entrar.

Gastó en futelezas un capital.

Bordat, á quien contaba sus reveses, sin

nombrarle el objeto de sus locuras, no le recordaba, y le decía:

—¡Tened cuidado, os vais enredando!

El asunto duraba ya seis meses.

El barón preparaba el asalto á conciencia, con paciencia y perseverancia.

¿Qué prisa corría?

Se parecía á los asaltantes de un plaza que quieren sitiarla por hambre.

Si los sitiados carecen de todo, á los sitiadores no les falta nada.

Por este lado D'Aubagny se les parecía, pero no adelantaba nada.

La plaza se resistía.

Al fin acababa de obtener la primera ventaja.

Elena había aceptado una cita.

Y á aquella cita, una vez dada, había ido.

Ya era hora.

D'Aubagny rompía con sus principios.

Llegaba á un amor de joven, á una pasión de estudiante, mezclada con los deseos del adolescente para con la primera muchachuela que les hace latir el corazón.

Así estaba él de radiante en su palco.

El *jongleur* terminó sus ejercicios. Uno de los criados del circo se presentó en la pista y enseñó al público un cartelón, en el que había escrito con grandes letras negras, en fondo blanco, la palabra: «Descanso».

Inmediatamente se produjo gran movimiento en la sala; casi todas las sillas se desocuparon.

ron; los que estaban en los palcos se dirigieron á los pasillos en medio de un ruido de accesorios llevados á la pista y tirados con estrépito para una pantomima que debía verificarse después, para completar el espectáculo.

Entonces el barón y la empleada de la señora Delivet se quedaron solos, libres al fin de la importuna curiosidad de sus vecinos, que no cesaban de mirar á la bella.

D'Aubagny se inclinó á su oído y la preguntó con acariciadora voz:

—¿Y qué, se ha reflexionado?

La joven agitó nerviosamente sus dedos con una contrariedad visible, como si la hora de las explicaciones decisivas fuese para ella un verdadero suplicio, y no contestó.

Se volvió hacia el barón y le dirigió una de esas miradas que hacen palpitar los corazones y que en realidad no tenía más objeto que el de examinarle por última vez antes de tomar un partido.

—Veamos, hermosa, expliquémonos y contestadme con franqueza.

Y al decir esto, se colocó frente á la joven.

—Hay para mí algo inexplicable en todo cuanto sucede entre nosotros.

—¿El qué?

—Sois encantadora, y yo no soy el primero en decíroslo.

—¿Qué más?

—Tenéis talento.

—¡Oh!

—Y mucho.

—Me hacéis favor.

—Tenéis buen sentido.

—No doy muestras de ello.

—¿Cómo?

—Hallándome aquí.

—Sí, lo tenéis, y por consiguiente debéis comprender el peligro de vuestra situación.

—¿El peligro?—repitió pensativa.

—Sin duda. ¿Cuánto ganáis?

—Trescientos francos mensuales.

—Bueno.

—Y la comida.

—No hablemos de eso. ¿De modo que vienen á ser unos tres mil francos los que ganais al año?...

—La cuenta es fácil.

—Con el alquiler de la casa, vuestros trajes, el importe de los viajes que haceis, la planchadora y lavandera—seamos positivos—y los demás gastos extraordinarios, al finalizar el año debéis tener deudas.

—Ninguna.

—Pero por lo menos, el porvenir es incierto.

—Eso es verdad.

—Si os sobreviniese cualquier accidente, una enfermedad, ¿qué sería de vos?

—Eso es un problema. Pero ¿dónde vais á parar?...

—A esto. Os veo por primera vez en casa de la señora Delivet, y, como es natural, me quedo prendado de vuestra hermosura. Os lo digo,

y me mandais á paseo... Vuelvo á la carga, os propongo que hagais alguna tontería, y os ofrezco, no la fortuna, porque esa la guardo para mí, pero sí algo con qué vivir á gusto, setecientos ú ochocientos francos mensuales, sin obligaros á dejar vuestro empleo. En una palabra, acabais por confesarme que no os desagrada; me concedéis algunos favores, á los que doy un valor considerable, la cita de esta noche, por ejemplo, y cuando creo llegar al fin, todo se viene á tierra. En conclusión, entre nosotros existe un obstáculo misterioso.

—Es muy posible.

—Es más que posible, es cierto; declaradlo.

—Pues bien...—dijo, titubeando.

—¿Bien, qué?...

—¡Que sí! Os lo digo puesto que así lo quereis.

—¿Un amante?

—Un amigo.

—¡Oh, querida! —dijo el barón humillado. Las amistades con un hombre, sea el que fuere, escurrén por resbaladiza pendiente y caen, fatalmente, en otro sentimiento... más vivo.

Hizo un gesto de despecho, y cogiéndole la mano:

—Vamos, puesto que habeis empezado, terminad.

—Es que la confesión me cuesta mucho.

—Suponed que soy un confesor.

—Me costaría mucho trabajo.

—¿Creeis que me vais á decir algo nuevo?

—No, pero...

D'Aubagny apretó la mano que tenia entre las suyas.

—Os voy á ayudar.

—Bueno.

—Si creéis que soy indiscreto, no me contes-
teis. ¿Cuánto tiempo hace que estais en París?

—Seis años y medio.

—¿De dónde vinisteis?

—De la Auvernia. Me había quedado sin padres... Mi padre murió pobre. Era juez de paz, ya os lo he dicho... Yo sabía lo que saben todas las muchachas que van al colegio siete ú ocho años. Además había trabajado en casa de una pariente mía, que era costurera en Clermont. Vine sin dinero, pero he sabido proporcionármelo. He tenido suerte.

—Lo merecéis.

—Conozco muchas que lo merecen y no la tienen. Encontré en seguida una colocación, no muy mala, Después entré en casa de la señora Delivet. Y á fuerza de trabajo he llegado á ser en ella una autoridad.

—¿Qué hacíais por la noche?

—Volvía á mi casa helada, con el corazón vacío, muy triste...

—¿Os pesaban el fastidio y la soledad?

—Cuanto os diga es poco.

—¿Y buscasteis una distracción?

—Por lo menos la deseaba.

—¿Y se presentó bajo la forma de un joven?...

- Joven, no mucho.
 —¿Guapo?
 —Bastante.
 —¿En qué se ocupa?
 —Es médico.
 —¡Pestes! ¡Un hombre peligroso!
 La joven se sonrió.
 —¿Rico?—siguió preguntando el barón.
 —No, no lo era, pero llegará á serlo.
 —¿De modo que aun no lo es?
 —No es por falta de deseos.
 —¿Generoso?
 —Pródigo, más de lo que puede; pero eso é mí no me importa. No creáis que el dinero influye en nada en la amistad que yo puedo tener con él.

D'Aubagny era demasiado discreto para insistir.

Pero no pudo contener esta pregunta:

—¿Le amáis?

Esperaba la respuesta con cierta inquietud. Lo cierto era que Elena Brunoy le interesaba más de lo que hubiera querido; turbaba su placidez y su reposo.

Ninguna de sus antiguas conquistas le habían interesado lo que le interesaba aquella joven.

La devoraba con sus ojos de un azul claro.

La joven cerró los labios, movió lentamente la cabeza y añadió con incertidumbre:

—No lo sé, no. Hay momentos en que casi le odio. Le quiero, sin embargo, por el cariño que me demuestra...

—¿Cómo?

—Me ofreció casarse conmigo.

D'Aubagny se quedó mudo de sorpresa.

—¿De modo que os quiere de verdad?

—En efecto.

—¿Y vos os negáis?

—¿Para qué aceptar tan pronto? No tengo prisa. Con mi trabajo he llegado á proporcionarme cierto bienestar que temo perder.

—¿Pero ese doctor?...

—Tiene cualidades que me seducen y defectos que me dan mucho que pensar. Me persigue con sus celos, me atormenta con sus temores de que le engañe. Se forja quimeras y rivalidades que no existen más que en su imaginación. Cree que todas las noches me esperan gentes que me siguen y me halagan con ofrecimientos fabulosos.

—¡Caramba!

—¡Error! Quizás me los han hecho, pero no eran tentadores, os lo juro, ó por lo menos no lo han logrado.

—¿Pero es posible?

—La verdad pura.

—Me asombráis.

La joven continuó con melancolía:

—No me han faltado enamorados. Recuerdo sus nombres, pero he olvidado su posición... Vos sois el único, y eso os lo juro, que me ha propuesto la manera de poner á cubierto el porvenir.

—¿Y por qué no aceptais mis ofrecimientos

—¿Por qué?

Suspiró trabajosamente y se llevó la mano al pecho.

—Me vais á llamar sencilla y tonta, pero sería á mis propios ojos y á los de las gentes, que sin embargo no se ocupan de nosotros, una vergüenza. No he sido débil hasta aquí... y no lo seré en lo sucesivo.

—Y además—dijo amargamente D'Aubagny—está por medio ese doctor.

—Sí. No quisiera causarle ningún pesar.

—¿Le amais, pues?

—¡Ah!—exclamó con despecho,— me preguntais demasiado... ¿Acaso lo sé?

Guardó silencio un momento.

D'Aubagny la observaba á hurtadillas.

La joven se había vuelto hacia la pista y miraba distraidamente los ejercicios y las escenas de la pantomima que acababa de empezar.

Se comprendía que én su interior sostenía una gran lucha. Las ofertas tentadoras del barón la conmovían.

Ella había dicho la verdad.

En el fondo de estas desgraciadas que trabajan y que una triste casualidad, una enfermedad, por ejemplo, puede postrar en el lecho, haciéndolas perder en pocos días el bienestar ganado en tanto tiempo, esta es una visión lamentable, una obsesión siniestra; el lecho del hospital, donde pueden expirar sin oír una voz amiga, sin un beso, sin un consuelo.

Elena vacilaba llena de emoción.

La representación tocaba á su fin, cuando el barón la distrajo de sus sueños.

—No hablemos más del pasado—dijo,—sino del porvenir. Ya sabéis lo que os propongo.

—Sí.

—¿Os amo, Elena!

—Como todos.

—Pero tengo más experiencia, mi juicio es más maduro. ¡Vamos! Sed buena... aceptad.

—Lo pensaré... veré...

—La vida es breve; un día más perdido para la dicha—suspiró.—Esto es enorme.

—Concededme una tregua.

—Ya he esperado bastante.

—Sólo algunos días.

—¡No!

—Ocho ó diez.

—Son muchos—insistió con calor, hablándole al oído, encantado de sí mismo, sacado de su ordinaria calma por la proximidad de aquella hermosa joven, que se parecía tan poco á cuantas hasta entonces había conocido.

Al fin estaba casi convencida.

La esperanza que reflejaba en sus ojos para desvanecerla, la emocionaban. Y además era tan insinuante, gracioso y cortés... Su galantería contrastaba con la violencia y nervosidad del doctor Fabregues, de quien ya estaba harta.

La orquesta tocó la última marcha.

Era preciso decidirse.

—Dejadme reflexionar—dijo con acento suplicante.

—Sea — contestó el barón levantándose y abriendo la puerta del palco.—¡Pero cuánto me hacéis padecer!

Cinco minutos después, su victoria se detuvo en la esquina de la calle Vignon, dejando allí á Elena.

D'Aubagny llevó á sus labios la mano enguantada de la joven; la retuvo largo tiempo entre las suyas, y cuando por fin Elena se escapó, desapareciendo detrás de la maciza puerta, dijo á su cochero:

—Avenida de Villiers.

La victoria se alejó al trote largo.

No había llegado apenas á los almacenes del Printemps, cuando un hombre de enmarañados cabellos, con el semblante adusto y furioso, llegó ante la puerta detrás de la cual había desaparecido Elena.

Era el doctor Fabregues.

VI

Al separarse de Elena en el momento en que ésta entraba en su casa para acudir á la cita con el barón D'Aubagny, Fabregues se hallaba bajo la influencia de una violenta decepción.

Sus nervios vibraban de cólera y miedo.

Aquella naturaleza inflamable se hallaba en ebullición como una lava calentada por un fuego interior.

Las explicaciones ambiguas y casi altaneras de la joven, no le habían tranquilizado.

Por el contrario.

Se las había dado con aire distraído, indiferente y ligero, que expresaba el hastío por un yugo que se quiere sacudir.

El solo las había aceptado con la intención de investigar las causas de aquel cambio.

Desde que se cerró la puerta, el doctor había atravesado el boulevard para ponerse al acecho desde el lado opuesto y allí, confundido con los paseantes y con los ojos fijos en la ventana de la encantada habitación cuyas llaves quisiera tener en sus manos para librarla de rivales desconocidos, permaneció con el corazón ateneado por las torturas de los celos, contando los minutos y esperando la salida de Elena.

Porque ella iba á salir; estaba seguro de ello.

Todo se lo indicaba: la prisa de la joven por abandonarle, su mal disimulada agitación, y hasta la luz que se veía por la ventana de su tocador.

En efecto, al cabo de un cuarto de hora próximamente, de quince minutos de espera que le parecieron interminables, el gas se oscureció en la habitación y Fabregues vió en seguida una sombra que se deslizaba fuera de la calle Vignon, mirar con inquietud á su alrededor y dirigirse con rápido paso hacia la Magdalena.

La siguió á distancia, evitando que le sor-